

SECCIÓN HISTÓRICA

UNA GLORIA SANTAFESINA

CRISTÓBAL ALTAMIRANO

1601-1698

(Continuación).

Esta insigne victoria que sobre los Paulistas obtuvieron los Indios Guaraníes, es más conocida con el nombre de victoria del Mbororé, como se lee en el auto proveído por el Almirante D. Luis de Aresti, Teniente general de Gobernador de la provincia del Río de la Plata (1). Con el nombre de Mbororé la recuerda también y en forma singularmente elogiosa el P. Lupercio Zurbano en las «Anuas» de 1641-1643, de las cuales vamos a extractar algunos párrafos junto con algunos fragmentos de cartas que acerca del mismo combate escribió el P. Altamirano.

Después de citar la «Reducción de la Asunción de Borore», escribe el Provincial P. Zurbano: «Ya llegamos a la reducción famosa del Borore que ha de hacer aún más gustosos que hasta aquí estos presentes anales. Cuidan de ella el P. José Oregio y el P. Cristóbal de Altamirano. Tiene 380 familias y 1.300 almas, poco más o menos, que frecuentan los Sacramentos en tanta paz de sus conciencias como si no hubieran estado estos años en continua guerra por ser la frontera de los enemigos... Reducción famosa por la cristiandad de sus naturales y célebre por su valor en las armas: pues ella fué fiel testigo de aquella insigne victoria que alcanzaron nuestros indios de las armas portuguesas.

»Aquí digo, en esta reducción ha sido el palenque de bien sangrientas batallas; aquí donde se hizo temer el Indio Guaraní del más insolente enemigo; aquí las velas y centinelas a muchas leguas de distancia para que no les coja de repente el portugués... aquí donde han padecido innumerables trabajos en tiempo de las guerras los Padres Cristóbal de Altamirano y Andrés Gallego, de cuyas Cartas principalmente recogeré aquí lo más particular que les sucedió a los portugueses después que los derrotaron nuestros indios. Dividiéronse, pues, en tropas por aquellos montes: como toros rabiosos que salían garrocheados del cozo, iban bramando furiosos buscando los que como fieras vivían en ellos, ya que no habían podido hacer suerte en los de las reducciones...

»De todas las tropas de los portugueses que se fueron huyendo después de la batalla, estaba [yo] con mucho recelo no revolviessen contra las Reducciones;

(1) PASTELLS, II, 81-82.

el cual me quitó un Capítulo de Carta del P. Cristóbal de Altamirano, que dice así:

«Ya, gracias a nuestro Señor, hemos salido del cuidado de portugueses que se habían rancheado en las cabezadas de aquel arroyo que se llama Apiterebi, al cual se habían retirado apurados de los Indios Gualachos a quienes Nuestro Señor por sus justos juicios ha tomado por instrumentos para castigar a estos malos hombres de S. Pablo. Una tropa de los portugueses, que fué la primera que salió deste río Uruguay para ir a su tierra; ha venido nueva de lo mal que les había ido con nuestros indios del Uruguay; llegaron a la tierra de los Gualachos, y derramados por las chacras de éstos con deseo de juntar comida, teniéndose por muy seguros, una noche dieron sobre ellos y mataron los más de los portugueses, y con tanta crueldad que después de haberlos hecho pedazos, les quitaron toda la carne de las pantorrillas, muslos y brazos para comérsela, como de hecho lo hicieron; y después quemaron los huesos, y las cabezas de los muertos las pusieron por trofeo encima de los caballetes de sus casas, peláronles las barbas y colgáronlas por las alas de los tejados, en odio del mal que les habían hecho los dichos portugueses. De los cuales, otra tropa que acertó a pasar por allí, viendo tan horrendo espectáculo en los de su nación, después de grandes lástimas y llantos, los enterraron... Pone horror el contar las crueldades que han hecho los Gualachos [indios infieles] en esta pobre gente, y no menor espanto el oír la máquina de cuerpos muertos que hay entre nuestro río Uruguay, y tierra de los Gualachos, y las manadas de tigres que se ceban en sus carnes despedazando a los indios vivos que andan descarriados por aquellos montes. Dios aplaque su justa ira, y se compadezca de aquellos pobres.

»Ha sido grande el trabajo, añade el P. Altamirano, que los indios de esta Reducción han pasado estos dos años caminando continuamente este Río Uruguay arriba en busca de los Indios, que los Portugueses de San Pablo dejaron, buscándolos por los arroyos y montes espesos donde se habían escondido de miedo: por cuya industria se han reducido como 600 almas que estaban ya perdidas y condenadas, o a cautiverio perpetuo (volviendo el portugués a reconocer los puestos como suele) o a peligro evidente de su condenación eterna, quedándose como fieras en aquellos montes. Con estos motivos se han animado los de esta Reducción a buscar las ovejas descarriadas, ejercitando en traerlas singular caridad; logrando en esta ocasión lo que los Padres les han enseñado, cuidando de sus cuerpos y de sus almas, partiendo de su comida y pobreza con ellos, y saliéndose de sus mismas casas para darles hospedaje aun a los extraños e infieles, que traían a vueltas de los fieles; y esto es tanto más digno de consideración cuanto más odio les tenían los dichos infieles del río arriba y sabiendo que por hacerles daño se juntaron con los portugueses y destruyeron las comidas [o sembrados] del Acaragua, puesto antiguo de esta Reducción y que hicieran todas sus diligencias para que los cautivasen. Olvidados pues de todos estos agravios, nuestros indios, principalmente los de este Borore, los han ido buscando por los montes y traído a esta Reducción, no perdonando fatigas ni trabajos que se padecían, buscando los enfermos y trayéndolos dos, tres y a veces cinco días, a costas por entre insuperables serranías y espesura de los bosques, pasando hasta la cintura los arroyos, y los ríos más arriba, cargados con aquellos enfermos; carga que aunque en sí tan

pesada, se la hacía suave y ligera el amor y caridad a sus prójimos, que era tan ardiente, que algunos de estos indios los han traído los muertos de 30, 50 y aun 70 leguas de camino por entre espesos bosques, gastando en su busca dos y tres semanas y aun un mes entero de viaje.»

Con sobrada razón añade el autor de las «Anuas», después de transcribir estas líneas del P. Altamirano, que «es digno de toda advertencia y ponderación que han llegado ya a tanta ventura los Padres y pastores de esta inculta gentilidad, que no solo ellos, sino los mismos indios que ayer sacaron de las selvas como fieras, hacen ya oficio como de Apóstoles andando en continuas correrías y misiones por aquellos valles y montes incultos, trayendo tropas de fieles y de infieles, que andan como fieras silvestres por aquellas selvas huyendo de los lobos carniceros de S. Pablo» (1).

El anónimo autor de la vida del P. Altamirano narra estos mismos sucesos y otros varios que no menos patentizan el grande fervor cristiano de aquellos indios que el singular talento de aquel celoso misionero a cuya industria y laboriosidad se debía tanto bienestar social y tanta felicidad espiritual aun en medio de los mayores contratiempos.

A causa de las incursiones de los Paulistas se creyó conveniente trasladar la Reducción de Nuestra Señora de la Asunción más al occidente, y así se hizo. Estuvo primero junto al Mbororé, al N. E. de San Javier, pero poco después se unió con el Pueblo de Yapeyú, sobre la costa occidental del Río Uruguay. Ignoramos las fechas de estos traslados, pero no cabe duda que se efectuaron entre los años 1629 y 1647.

Recuérdese que cuando en 1647 visitó las Reducciones del Uruguay el Gobernador Don Jacinto de Zeriz encontró en el Yapeyú, haciendo de cura de dicho Pueblo, al Padre Cristóbal Altamirano, «criollo natural de la ciudad de Santa Fe, de este gobierno [de Buenos Aires] y asistencia personal de diez y siete años a esta parte». Según el mismo Zariz tenía el pueblo, a la sazón, 1.600 indios, de ellos 422 varones de manejo de armas y se tienen y se halla para este efecto 23 armas de fuego, los doce mosquetes y los once arcabuces, con prevenciones de todas municiones. Elogia la Iglesia de Yapeyú por ser capaz y bien cuidada, con cantores, música y chirimías (2).

El P. Altamirano continuó al frente del pueblo de Yapeyú hasta el año 1651, fecha en que escribió un informe acerca de las malocas realizadas por los Paulistas a principios de aquel año, documento que junto con otros análogos de otros misioneros fué presentado por el P. Francisco Díaz Taño, Superior de las Misiones, al Rey, Real Consejo, Virrey, Audiencia y Oidor Visitador D. Andrés Garavito de León, en satisfacción de las calumnias opuestas por los émulos de la Compañía de Jesús. Dicho informe de Altamirano va fechado en la Reducción de Nuestra Señora de los Reyes del Yapeyú en 26 de mayo de 1651 años y en él alude a la reducción de los Reyes de Yapeyú «que está a mi cargo y cuidado».

Fué en este mismo año de 1651 que después de veintidós años de misionero vióse el Padre Altamirano en la dura necesidad de abandonar sus queridas misiones. «Ofreciéronse por este tiempo las molestas persecuciones con que

(1) PASTELLS, II, 83-85.

(2) TRELLES, *Rev. del Arch. Hist.*, II, 107.

acrisoló el sufrimiento de los Jesuítas el señor Obispo del Paraguay sin parar su ardimiento hasta expulsar los Nuestros de su Colegio de la Asunción. Habiéndose de restablecer el Colegio por apretadas órdenes de los Tribunales superiores del Reyno, se escogieron sujetos señalados, y entre otros fué nuestro Padre Cristóbal cuya afabilidad y discreción se juzgaron por muy adecuados para ganar los ánimos adversos de aquella República.

»Pasó allá el año 1651 y luego se le ofreció materia copiosa para ejercitar su celo ardiente, porque se encendió una peste cruel, de que murió mucha gente de todos estados así dentro de la ciudad como en su jurisdicción. Aunque el Padre hacía entonces oficio de Ministro [o ecónomo del Colegio de la Asunción] y tenía a su cargo el peso de toda la casa, porque su Rector el Venerable P. Diego de Boroa no podía por sus muchos años y achaques atender a mucho, con todo eso fué el primero en acudir a todas partes todo el tiempo que duró el contagio, negándose muchas veces al descanso que hallaba en el trabajo forzoso que pasaba en socorrer a todas horas a tantos enfermos, en lo espiritual administrándoles todos los Sacramentos, y en lo temporal llevándoles la comida y los regalos de que necesitaban.

»No es posible en breves palabras referir lo mucho que hizo y trabajó en esta ocasión, sucediéndole muchos casos de edificación porque viendo cada uno la muerte al ojo se compusieron muchas conciencias estragadas, dejaron las ocasiones de su perdición, reparáronse quiebras muy antiguas de amistad, reconciliándose por medio de nuestro Padre Cristóbal muchos enemigos, hicieronse varios restituciones cuantiosas y morían generalmente en sus manos con grande consuelo y esperanzas de su salvación.

»Consiguió también hacer misión en un Pueblo numeroso de Indios, la que fué tanto más estimada y de mayor fruto cuanto menos usada por los estorbos que de muchos años a aquel tiempo había habido por parte de sus Párrocos que no gustaban fuesen allá los Jesuítas. Deseaban mucho aquellos Indios gozar con la doctrina de nuestro misioneros, a quienes solían venir a buscar al colegio a escondidas, y hallando ahora que su nuevo Párroco era afecto a la Compañía, le hicieron instancia para que llamase a alguno de los PP. Jesuítas, para que les fuese a consolar en el trabajo común.

»Fué en efecto el P. Altamirano a quien recibieron los Indios con increíble gozo: empezó a predicarles, a hacer la doctrina cristiana, y a contarles ejemplos acomodados a su natural, todo con tan extraña elocuencia por ser peritísimo en su idioma guaraní que los dejaba asombrados. Empezaron luego todos a confesarse con el Padre, y acudir todo el Pueblo con tanto fervor que estaba admirado el Párroco, y muy edificado viendo el tesón con que acudían a todas horas a su remedio espiritual robando el tiempo al descanso y aun olvidándose a veces de comer porque su alimento más gustoso era solicitar el bien de aquellas almas.

»No es ponderable cuán pagados y agradecidos quedaron aquellos Indios a la caridad con que el Padre les asistió consolándolos en sus trabajos, animándolos a la virtud, enseñándoles el modo de confesarse y prepararse para comulgar, y principalmente dándoles a entender los misterios de la Fe, cosa que no habían aún entendido bien, porque el modo que se había usado con ellos era solamente rezar las oraciones y el catecismo sin la debida explicación de los misterios, que debemos creer. Quedaron los Indios admirados de ver el modo

diferente y muy necesario con que el Padre Cristóbal los instruyó, y persuadidos de que los Párrocos que debían tener, habían de ser los Jesuitas, sobre que los principales del Pueblo escribieron carta pidiéndolo a su Majestad Católica con grande instancia, aunque la Compañía no quiso venir en encargarse de dicho Pueblo por no dar sentimiento a los Párrocos que le administraban y granjearse por este camino nuevos enemigos, contenta con acudirles en adelante, a sus tiempos, con sus fructuosos ministerios.

»Llegaron a este tiempo al Paraguay los clamores de los vecinos en la Villarica del Espíritu Santo que pedían socorro por los destrozos que obraba la peste en su Villa. Pidió el señor Oidor, Don Andrés de León Garavito, Gobernador entonces de la Provincia, al P. Rector Diego de Borra se compadeciese de aquella necesidad extrema y luego se ofreció el celoso e incansable P. Altamirano a esta empresa arriesgada para acudir a los muchos que allí perecían faltos no menos de temporales auxilios que de espirituales socorros para sus almas.

»Salió pues acompañado del Hermano Francisco Coto, por no haber otro sacerdote, y venciendo caminos bien fragosos en que eran muy frecuentes los pantanos profundos, llegó en 12 días al pueblo de la Candelaria, distante sólo una legua de la Villarica, que era el término de su misión. Aquí sus moradores que todos eran Indios le detuvieron seis días a instancias de su necesidad y desamparo de todo espiritual consuelo, y recogió frutos en esos pocos que pudieran llamar en cualquier tiempo copiosa cosecha, pues pasaron de 800 las personas que se confesaron, muchas de ellas de toda la vida, en que del todo incapaces por su ignorancia no habían llegado a los pies del Confesor, y por eso pudiera su instrucción sola ser ocupación gloriosa por muchos más días a algunos operarios fervorosos. Repitió el Padre pláticas fervorosas y saludables consejos de que resultó restituirse a la concordia conyugal más de 30 personas que por su antojo vivían divorciados de sus legítimas mujeres, enredados en ilícitas amistades...

»Prósperos fines de su misión se proponía el Padre Altamirano viendo tan felices principios aun antes de llegar al término de su jornada, pero cuando menos lo imaginaba se hubieron de desvanecer sus esperanzas, porque el Vicario eclesiástico de Villarica, puesto en aquel empleo por el señor Obispo D. Fray Bernardino de Cárdenas, había recibido con la dignidad la aversión y desafecto para oponerse en todo a los de la Compañía como en sus acciones más útiles al bien común: por lo cual sin atender a que el Padre Cristóbal iba por petición del Cabildo secular de Villarica y ruegos del Gobernador de la Provincia y con la licencia del Vicario General del Obispado, mandó al Cura del Pueblo de la Candelaria con graves penas y censuras no le permitiese decir misa, y aun con mayores prevenciones procuró atajar dentro de la Villarica los frutos que había de hacer el Ministro Evangélico, porque puso pena de excomunión a los que se confesasen con el Padre y multa pecuniaria de 500 pesos de plata, por un auto que se fijó a las puertas de la Iglesia Mayor.

»Con estas diligencias halló el Padre muy enajenados los ánimos y viéndose destituido de todo humano socorro, porque nadie, ni aun el mismo Cabildo que le había llamado, se atrevía a contrastar con el empeño del Vicario, se acogió a Nuestro Señor, cuya gloria sólo buscaba y pidiendo con afectuosas súplicas remedio a tanto mal, pues era su Divina Majestad la causa única de su venida,

le inspiró Nuestro Señor que fuese a hablar con mucho rendimiento y cortesía al Vicario. Obedeció a la divina inspiración y puso el Señor tal gracia en sus labios y eficacia en sus razones, encendidas en el Divino amor, que el Vicario cayó en la cuenta de su yerro, y borradas falsas aprehensiones formó juicio más acertado de los designios santos del Padre Altamirano. Alzó luego la descomunión, revocó las penas pecuniarias y quitó el entredicho a nuestro Misionero, que con su natural agrado, alentado de la gracia, concibió de tal suerte las voluntades de todos, que pudo conseguir de ellos cuanto quiso Dios para la reforma de sus vidas con moción tan extraña que se experimentó fructuosísima aquella Misión.

»Y para que más claro se conozca la eficaz gracia del Señor que se derramó aquellos días en aquella villa, será bien saber antes el miserable estado a que sus vicios la tenían reducida: porque aunque no es muy populosa en gente, todavía las insolencias que en ella se cometían pudieran en la mayor ciudad sobresalir con nota de exceso. Era el último rincón de estas Provincias poblado de españoles, donde el mayor retiro era exención para las culpas por estar más lejos de la justicia para el castigo. Por esto era asilo de los delincuentes que de otras partes donde florece más la observancia de las Leyes Divinas y humanas, se iban huyendo de sus merecidas penas: y los que no se acogían a aquella Villa por delitos eran los que llevados del interés acudían a valerse del logro de la hierba que llaman del Paraguay, con que, en gran parte, eran forasteros sus moradores, que como tales suelen, gozando de la ocasión, ya en los tratos injustos, ya en los delitos ilícitos, ya en los odios enconados con el mercader opuesto, darse todos a las ganancias de la tierra sin memoria alguna de los bienes del cielo. Tal cual eclesiástico que había era fomento de mayor libertad, en especial algunos religiosos apóstatas que vivían con sobrado escándalo. Reinaba Venus como en su centro, siendo públicas las amistades de largos años: los Sacramentos apenas se recibían en tiempo de Pascua: los hurtos eran frecuentes sin tener ninguno segura su hacienda de los asaltos de muchos holgazanes: la gula destemplada en banquetes excesivos, que solían concluir muchos privados de juicio por el ardor y abundancia del vino. Los ricos, avarientos de más bienes temporales, negaban a los pobres la paga más justa de jornal, que en su servicio merecieron. Los padres de familia atendiendo solamente a aumentar el caudal, echaban en olvido la enseñanza de sus domésticos con que faltos de corrección y doctrina apenas mostraban costumbres cristianas. Todos finalmente sin observancia de fiestas, sin respeto a los tiempos más sagrados seguían su antojo, reducidos casi a los usos gentílicos que tenían vecinos en los bárbaros: pues estaba en ellos tan muerta por sus pecados la fe, que parecía no haberla.

»Este era el luctuoso estado de aquella población cuya noticia y experiencia atravesaron el celoso corazón del Padre Altamirano; pero este sentimiento no le causó cobardía, ni horror la grandeza del mal, antes cuanto se representaba más difícil su curación, se revolvió con mayor denuedo a procurarla a costa de cualquier trabajo. Empezó pues la reforma clamando primero al Señor, día y noche, por medio de la oración retirada, para que echando después las redes de la predicación asegurase el lance con la multitud de los peces.

»Con prevención tan segura salió al campo de batalla par rendir el enemigo rebelde sin valerse de otras armas que las que el demonio había robado a los

de aquel miserable Pueblo para vencerlos a su salvo, que fueron las doctrinas, sermones y pláticas. Con esta luz fué rayando poco a poco en sus almas la de la Divina gracia que esclareció sus entendimientos para que conociesen sus yerros, y llorasen sus desaciertos: y la misma encendió sus voluntades para que desearan ya salir de la sentina intolerable de sus vicios en que hasta allí estuvieron bien hallados, purificándose en las fuentes de la penitencia no menos con la confesión perfecta de sus culpas que con las copiosas lágrimas que derramaban por los ojos sus almas arrepentidas.

»Empezaron con esto a llover confesiones con tal afecto al Padre Altamirano, con tal ardor que parecía partírseles con su fuerza el corazón, con tal tesón que olvidado el siervo de Dios del alivio necesario para sus fatigados miembros persistía en el confesonario desde antes de amanecer hasta media noche todo el tiempo que no era preciso para las obligaciones de Misa, rezo y sermones, y algún corto alimento que esolía tomar de veinticuatro en veinticuatro horas. Pero esta abstinencia, desvelos y trabajo sin interrupción, esforzaban más su alentado espíritu a vista de los prodigios con que la gracia tocaba los corazones antes tan duros de toda aquella gente, porque sólo en el recinto de la Villa fueron dos mil quinientas las personas que se confesaron y las más muchas veces, siendo cuatrocientas las confesiones generales que oyó de toda la vida.

»En casi todos era el dolor tan intenso que no cabiendo en los límites del corazón rebotaba por los ojos en lágrimas y sollozos tan vehementes que fué muchas veces imposible proseguir la confesión interrumpida al clamoroso llanto con que manifestaban a todos los de la Iglesia su sentimiento, y aun pasaban más adelante en muchos las demostraciones, porque atemorizados del demonio, ya fuese con visión sensible, ya con imaginaria aprensión, al vomitar la ponzoña de sus almas, perdido el color, se paraban como difuntos, y algunos del todo sin sentido desmayados, confesando después ellos mismos que el recio combate con que el común enemigo les pretendía estorbar las confesiones, les ocasionaba en lo exterior tan notables mudanzas, de que el Padre con ser de espíritu muy alentado, a veces comenzó a estar no poco atemorizado sintiendo en la experiencia tan cerca de sí al demonio, aunque disimulaba su propio temor por aliviar el de los penitentes más contritos.

»Por más que nuestro fervoroso misionero deseaba consolar a todos, faltaba el tiempo para satisfacer a la multitud, por lo cual algunos impacientes con el mal, que en otro tiempo abrazaron de asiento con grande gusto, buscaban otros sacerdotes para confesarse en ínterin que el Padre más desembarazado pudiese dar consuelo a sus afligidos corazones. Entre otros fué uno a cierto sacerdote con tan vivo sentimiento que casi le faltaba el aliento para articular las palabras: pidiendo confesión le dijo formalmente estas palabras (como las refería después admirado aquel sacerdote): «Padre, vengo cansado de esperar a aquel Angel del Cielo que Dios nos ha enviado a esta tierra: no me le han dejado ver los penitentes que le tienen cercado; quise esperarle, pero temí morir de dolor, porque me ha atravesado con las palabras que dijo. Quince años ha que callo unos pecados gravísimos y muy feos; ya me resolvía a callarlos: predicó aquel hombre del cielo y me aterrorizaron tanto sus palabras que entendí quedar muerto en la iglesia: sudé tanto que traspasé camisa y jubón con un sudor frío de muerte como lo veis, y aun este vestido de paño lo tengo todo mojado. Confesadme, pues, etc.» A este modo sucedía a otros

muchos: con que se venían a reformar sus vidas después de confesiones bien sentidas y dolorosas (1).

»Paso en silencio la multitud de muchachos, de cuya crianza vivían descuidados sus padres sin cuidar de que se confesasen jamás, y ahora se dispusieron para ello con las noticias necesarias, que del todo ignoraban, a que ayudó con su celo el H. Francisco Coto catequizándolos muy despacio por muchos días mientras el Padre Cristóbal se ocupaba en los otros ministerios: con lo cual en un solo día pudieron ser más de 100 los muchachos que se confesaron y comulgaron. De los Indios raro era el que hasta entonces había comulgado, y muy pocos hallaban confesor aun en tiempo de Semana Santa; catequizólos en su idioma el Padre Altamirano, y todos sin quedar uno que se supiese, se confesaron con él muy bien dispuestos y recibieron la Sagrada Comunión. Pasó todo esto en silencio y vengo a escribir en breve lo mucho que obró el Padre con ocasión de la peste que fué uno de los primarios motivos de su misión.

»Apretada dentro de la Villa el contagio y mucho más fuera en las heredas distantes dos, tres y más leguas, por la mayor falta de medicinas y reparos: y con todo no se daban por entendidos los propios párrocos para socorrer las ánimas, que con los cuerpos perecían con tanto olvido de sus obligaciones que con haber expirado ya cuarenta y tres adultos antes que llegase el Padre, los cuarenta habían muerto sin confesión. Por esto viéndose el Padre solo para el grande tropel de enfermos que había, se resolvió de aplicar el hombro al trabajo cuanto le fuere posible hasta dejar, si fuese menester, en tan gloriosa empresa, la vida. Y favoreció el Señor tanto sus desvelos, que en estos tres meses y medio que se detuvo en la Villarica, ni dentro ni fuera de ella murió enfermo alguno sin todos los Sacramentos, porque al punto que le avisaban los que estaban para eso deputedos, de que peligraba algún enfermo, con el Santísimo Sacramento en el pecho, la Extremaunción en las manos y el celo de la gloria de Dios en el alma, se subía a caballo para ir a socorrer a los necesitados, y no pocas veces se le pasaban los días enteros sin gustar otro mantenimiento, contento con hacer la voluntad del Señor que le había enviado para efectuar la salvación de sus escogidos.

»Las dos eran un día cuando estaba el Padre sin haber probado bocado dando en la iglesia despacho a los muchos que pedían confesión: llegó entonces bañado en lágrimas cierto hombre que había experimentado impiamente temerosos tres sacerdotes para ir a confesar a su mujer herida peligrosamente del contagio; oyóle el Padre y subiendo al punto a caballo caminó tres leguas que distaba la granja de la enferma, donde se halló con cinco dolientes tan peligrosos, que necesitaban ya de todos los Sacramentos, como se les administró. Salía ya el Padre Cristóbal para volverse a la Villa, cuando le llamó otra enferma ya muy próxima a la muerte diciéndole no había de salir el demonio con su intento de llevarla al infierno por la confesión sacrílega. Confesóse y comulgó de nuevo sin que persona alguna la viese, y muy en breve expiró para gozar los frutos de su verdadera penitencia, y el Padre se volvió a la noche más satisfecho que si hubiera gozado de los más espléndidos banquetes (2).

(1) Omitimos varios párrafos en los que se narran sucesos particulares que poco interés añaden a lo ya expuesto.

(2) Suprimimos varios párrafos en los que se consignan diversos casos análogos a los transcritos.

»Obras tan gloriosas recabaron se acabasen de mudar los afectos de casi todos los que impresionados contra los Jesuítas por las especies con que pretendió infamarlos la cavilación de los parciales del Sr. Obispo del Paraguay, aborrecían a la Compañía. De éstos era el principal el Vicario eclesiástico de Villarica como hechura de aquel Prelado, portándose al principio con las demostraciones exorbitantes que quedan referidas; pero vista ya la mudanza de sus ovejas, que andando antes tan descarriadas ahora sólo encaminaban sus pasos por las sendas estrechas de los Divinos mandamientos con más veloz carrera que corrieron antes por los anchurosos campos de su antojo, confesaba ya desengañado con sus propias experiencias que con los Jesuítas andaba la mano de Dios, que obraba tan estupendas mudanzas, y regía los empleos de nuestro Instituto. ¿A éstos (decía admirado delante de nuestros mayores émulo) aborrece el mundo? ¿A éstos despedaza con las lenguas de los maldicientes? ¿A éstos persigue y trata como la hez de los hombres? Pues yo digo, a pesar de sus émulo, que ellos son los que conservan el ministerio apostólico, los que reforman el mundo, los Padres de la Patria, el amparo de los pobres, el freno de los vicios, el remedio de los que van a despeñarse en el abismo sin suelo de su perdición, y otras exageraciones nacidas de su ya afecto corazón, cuya mudanza fué uno de los más notables prodigios de esta misión. Acompañaba las palabras con cuantas demostraciones honoríficas le eran posibles, cediendo en el Padre Altamirano todas sus veces para los negocios más graves, y poniendo en sus manos la solución de las dificultades más árduas (1).

SANTIAGO STELLA.

(Continuará)

(1) Omitimos varios párrafos de casos edificantes que a continuación inserta el anónimo autor.